Hablemos de hechos señor Freud

Eduardo Javier Chillarón

Image not found.

Capítulo 1

Freud no me lo ha dicho en persona, pero según él mi animadversión hacia todo su ser esta generado por la infelicidad que poseo…

Leo ahora, en la etiqueta de la vela con la que me enciendo el cigarro, que la *esencia de ruda* elimina todo tipo de negatividades y protege contra los males deseados por otras personas (debo decir que en la primera bocanada de humo que ha salido de mis por momentos fauces adquirió forma de interrogante, si es que eso vale para algo, y que la llama que baila enervada desprende un humo negro sospechoso y que se estampa en la pantalla del ordenador)

Cuando he dicho mi animadversión no me refería a Sigmund, me refería a otra persona en concreto, aunque si tuviera delante al listillo bien le propondría un simple cambio, tal vez acompañar desde la invisibilidad mis tribulaciones con la fuente de mi estado y así, quien sabe, las teorías del caos volvieran a reescribirse. No pienso desde el rencor, ni actúo desde el lado pesimista ni negativo que desprende la infelicidad, sólo me baso en los hechos que permiten opinar cuando se comparte una convivencia, cuando los lazos del día a día, del minuto a minuto son tan estrechos que acaban ahogándote ineludiblemente. Intentaré, ahora que la llama de la vela de la esencia de la ruda parece que se ha relajado un poco, describir esos lazos de unión con los que perfectamente confeccionaría una soga bien resistente.

Todo empieza pronto, allá de madrugada, cuando la noche sueña con su fin de jornada y los sentidos luchan por encontrar su sitio, entonces despiertan los ruidos extraños que se esparcen rápido y a su antojo pues los pasillos desnudos de muebles los confeccionamos, y los ecos y las voces y las sombras campan a sus anchas. Yo reposo en cama, protegido con mantas ahora que el frío aparece y mantengo la puerta cerrada para que nuevos miedos no entren, ni salgan los viejos ya que compartidos en soledad los ha convertido en bueno conocido. Y allá en la cercanía comienza todo… eructos que con la boca tapada asemejan corneta de orcos; ingente cantidad de ventosidades que si bien no destacan por su número, si lo hacen por la variedad, pues en su conjunto se podría establecer como nuevo lenguaje, ricamente repleto de expresiones intestinales y vocabulario anal; rascones intensos a lo ancho y ancho (si, dos veces ancho) que con uñas como tejas y en la piel dura rechinan como tiza; bostezos que asemejan aquellos antiguos dibujos chinos en tela y que representaban nubes soplando; estornudando rayos y truenos incapaces de medir; el crujir de huesos a cada paso como el agarrar una hucha a mitad de nutrir; tosidos tuberculosos que más que yo, temen los cimientos de hormigón; carrasperas y sorbetones que desencajan de garganta y nariz hieles y resina, ámbar no deseado y que acaban pendiente de un hilo en colgajo caliente hasta que cae (una mezcla de

¡choff! y ¡glup! es su definición sonora más aproximada) en el desagüe del lavabo que nunca quiere desayunar; el tremendo golpear de una tapa advierte que a continuación se dispone a mear… si, es como si no acabara nunca, como si litros y litros de algo semisólido o semilíquido cayeran desde el espacio y tuviera la imagen de que las salpicaduras inundan el baño y la casa y el mundo y viviremos eternamente rodeados de gotas… y tan solo es orín, pero es que no acaba nunca; y el sonido de la cisterna me despierta de la imagen pero es que esa cisterna suena como un accidente y creo que el mundo despierta en ese momento; y vuelve a la habitación de donde proviene, rascándose toses, regurgitando pedos, eructando tosidos, salpicando carrasperas y goteando crujidos…No es infelicidad, ni poca paciencia, ni menosprecio eterno señor Freud, de hecho no incluyo especificaciones a la hora de mudarse de ropa, o de preparar un café en vaso de cristal, o a la hora de oler el humo del tabaco, o de cocinar con aceite, o de ducharse en mampara de cristal, o a las horas de comer alimento, o un largo e infinitas situaciones. No. Ni tan siquiera pienso que sea odio o algún tipo de animadversión.

Medio minuto después, la corneta deja de sonar y comienzan a gritar y a reír y a pelearse y el sonido penetra por mis tímpanos y arremete profundamente en mis huesos y parece que sufro pequeñas convulsiones punzantes, pero debo relajarme porque no es una fiesta de orcos, solo son ronquidos. Vuelta a la normalidad señor Freud. Y en el fondo y en el borde y entremedias lo quiero, de eso no tenga duda.